

HARITZ LARRAGETA

# ANNA KOPEK

y el corazón del dragón

ILUSTRACIONES  
Marko | Maëla



erein

# ANNA KOPEK

*y el corazón del dragón*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1ª edición: noviembre 2023

Título original: *Anna Kopek eta dragoiaren bihotza*

Diseño y maquetación: Erein argitaletxea

Ilustraciones de portada e interior: Marko | Maëla

© de las ilustraciones Marko | Maëla

© del texto Haritz Larrageta

© de la traducción Irati Iturrizta

© de esta edición EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-924-6

D.L.: D 948-2023

EREIN Argitaletxea  
Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300  
e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)  
[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu  
Zubillaga industrialdea 9  
20560 Oñati, Gipuzkoa  
T 943 783 309  
e-mail: [gertugrafika@gmail.com](mailto:gertugrafika@gmail.com)  
[www.gertu.net](http://www.gertu.net)



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

HARITZ LARRAGETA

# ANNA KOPEK

*y el corazón del dragón*

ILUSTRACIONES

Marko | Maëla

erein

# I

## Pekín



—¿Es que nunca vamos a ir a un país que use letras normales y corrientes? —preguntó Jokin al ver los carteles.

Acababan de llegar al aeropuerto de Pekín; se encontraban en la terminal tres. Entre la multitud, se vislumbraban montones de tiendas.

—No son letras, Jokin —le explicó Uxue—. Es un sistema de escritura totalmente diferente; cada signo representa el sonido de una sílaba.

—Parecen huellas de pájaro...

—Pues eso dice la leyenda, precisamente, que su creador se inspiró en huellas de pájaro...

—Venid, es por aquí —los interrumpió su madre.

A su alrededor, todo estaba lleno de imágenes relacionadas con el Mundial de Baloncesto. Una vez fuera del aeropuerto, trataron de buscar un taxi.

—¿Eso de ahí son taxis? —preguntó Jokin sorprendido, fijándose en varios coches de diferentes colores, todos ellos con una línea amarilla dibujada de lado a lado—. ¿Y por qué no los pintan enteros de amarillo?

—Bueno... —repuso Uxue—, tampoco es mala idea. ¿Para qué pintarlos del todo?

El conductor no sabía hablar inglés, pero cuando escuchó el nombre del hotel, asintió y puso el coche en marcha. Pekín les pareció increíble. Había mucho tráfico, y la ciudad estaba plagada de edificios modernos y muy altos.

—¿Cuántos habitantes tiene Pekín? —quiso saber Jokin.

—22 millones —le respondió su hermana.

Llegaron al hotel, que era de cuatro estrellas. Los tres compartirían una sola habitación, pero era grande y había una gran ventana que ofrecía una vista panorámica de la ciudad.

—Qué habitación más bonita —dijo Jokin.

—Nos quedaremos aquí hasta el día siete. Luego iremos a Shenzhen y pasaremos allí tres noches; volveremos el día diez. A la vuelta nos alojaremos en este mismo hotel, pero en dos habitaciones diferentes.

—¿Qué es esto? —preguntó Jokin desde el baño.

—Es uno de esos baños japoneses —explicó su madre, entrando tras él—. No sabía que los chinos también los utilizaran.

—No creo que sean muy habituales —apuntó Uxue—. Puede que, al ser un hotel...

—¿Y cómo se usa?

—¿Tenemos que enseñarte a usar el baño, Jokin? —respondió su hermana, burlona.

—Mmm... Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—Vaaale... Mira: si pulsas este botón sale un chorro de agua y te limpia el culo, y después pulsas este otro y te lo seca.

—¿De verdad? ¿Y este otro para qué sirve?

—No lo sé... —contestó ella, y acto seguido pulsó el botón—. ¡Pero bueno! ¡Si también tiene música!

—Bueno. ¿Me hacéis el favor de salir del baño? Me gustaría probarlo —pidió Jokin, con gran seriedad.

En la habitación había tres camas individuales del mismo tamaño. Mientras su madre empezaba a deshacer la maleta, Uxue se fijó en los cuadros de las paredes; eran paisajes dibujados con tinta china. Estaba a punto de acercarse a mirar por la ventana cuando Jokin salió del baño con una gran sonrisa en la cara:

—¡Menudo invento!

Se acercó a Uxue y él también miró por la ventana. Se encontraban en el piso número doce y desde ahí podían ver gran parte de la ciudad.

—¿El cielo está tan gris por culpa de la contaminación? —le preguntó a su hermana.

—Sí... El aire de aquí está super contaminado.

—¿Salimos a comer algo? —les propuso su madre.

Las carreteras estaban plagadas de coches; el tráfico era más ordenado que en El Cairo, pero mucho más caótico que en Pamplona. Muchísima gente se agolpaba en las aceras y los repartidores, con sus motos eléctricas, transitaban entre la gente.

—La calle Wanfunjing está cerca de aquí —les explicó su madre—. Por lo visto, es una calle con muchos puestos de comida.

—Voy a buscarlo en el mó... —empezó a decir Uxue—. ¡Ahí va! La aplicación no me va, no me deja ver el mapa.

—Algunas aplicaciones y redes sociales no funcionan en este país; el gobierno las ha prohibido —les explicó su madre.

—¿Por qué? —quiso saber Jokin.

—Bueno... El gobierno considera que va en contra de sus intereses.

—¿Qué intereses?

—No lo sé, cariño... —Se quedó pensativa unos instantes—. Hay una gran competencia económica y tecnológica entre Estados Unidos y China. Me imagino que será por eso.

—¡Ya está! —los interrumpió Uxue—. He encontrado otra aplicación. Estamos cerca. Tenemos que llegar hasta la avenida Donganmen y, una vez allí, girar a la izquierda.



En esa calle vendían comida rarísima: escorpiones, caballitos de mar, grillos... Compraron lo que les pareció menos extraño: una especie de crepes llamados *jianbing*. Les encantaron. Además de los puestos de comida, en la calle Wanfunjing había muchas tiendas y un montón de gente que iba de unas a otras haciendo sus compras. Después de comer se dirigieron a la Ciudad Prohibida, que no quedaba lejos.

—Si está prohibida no creo que nos dejen entrar —dijo Jokin.

—En su día, los antiguos emperadores vivían en la Ciudad Prohibida —le aclaró su madre—. Pero actualmente puede visitarse. Dicen que es espectacular.

Sin embargo, cuando llegaron ya estaba cerrada.

—¿Lo veis? Está prohibido entrar.

—¡Calla! Qué tonto... —dijo Uxue entre risas.

—Está abierto desde las ocho y media de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde —les dijo su madre, tras leer el cartel de la entrada—. Mañana tengo que irme muy temprano a una charla relacionada con el Campeonato, pero volveré al hotel sobre la una y vendremos aquí directamente, ¿vale?

Cuando volvían al hotel, Jokin sintió una necesidad imperiosa de ir al baño, porque el *jianbing* le había complicado un poco la digestión.

—¿Eso de ahí son baños públicos?

—Sí, pero por lo que he leído en la guía, la mayoría... —comenzó a explicarle su hermana.

—Esperadme aquí —la interrumpió él—, es urgente.

Entró a los baños y volvió a salir al cabo de unos segundos.

—Vamos al hotel; me aguanto.

—No es tan maravilloso como el baño del hotel, ¿verdad? —le preguntó Uxue.

—¡Solo es un agujero! Un agujero mugriento en el suelo. No sabéis lo mal que huele ahí dentro.

—He intentado avisarte...

—Vamos al hotel.

En cuanto entraron en la habitación, Jokin corrió en dirección al baño. Regresó a los pocos minutos, tan sonriente como por la mañana. Su madre estaba sentada a la mesa, ordenando sus papeles, y Uxue estaba en la cama, con el portátil sobre las rodillas.

—¿Qué haces? —inquirió Jokin.

—Estoy intentando saltarme las restricciones del gobierno de China.

—¿Ahora qué eres, hacker?

—No... Existen programas para eso, y la gente los usa, pero la mayoría son de pago.

Jokin sacó un cómic de la maleta y se tumbó en la cama, dispuesto a leerlo. Uxue y su madre seguían a lo

suyo. Al final, llegó la hora de cenar y bajaron al restaurante del hotel. Había muchas cosas en el menú, y disfrutaron mucho de la cena.

A la mañana siguiente, sobre las seis y media, Uxue entreabrió los ojos. Su madre estaba vistiéndose. A continuación les escribió un mensaje en un papelito y bajó a desayunar. Cuando cerró la puerta, Uxue también cerró sus ojos. Jokin se despertó a las ocho en punto; rara vez se levantaba antes que su hermana. De camino al baño se fijó en el mensaje de su madre.

—¿Qué dice el mensaje? —quiso saber Uxue, quitándose las legañas.

—Lo de siempre: «buenos días», que se ha ido a trabajar, que traerá algo de comer y «un beso grande para cada uno» —resumió—. Me voy al baño.

Pero antes de que pudiera entrar escucharon cuatro golpes contra la puerta. Uxue se incorporó. Jokin se quedó paralizado. Cuatro golpes más.